

« Mas le valdrá al pajecillo que acaba de atravesar pantanos y de meterse en el barro, cenar sobre sus rodillas delante del fuego de la cocina. »

Acabada la cena, cada cual tomó el camino del lecho. Childe-Waters dijo: ven acá mi pajecillo y atiende bien á lo que te voy á decir.

« Baja á la ciudad y ponte de acecho en la calle: tráeme la mujer mas hermosa que veas: obligala á que venga á pasar la noche á mi lado. Tráela en tus brazos á fin de que no se manche los piés. »

Elena bajó á la ciudad: se puso de acecho en la calle: detuvo á la mujer mas hermosa que vió; la cogió en sus brazos para que no se manchara los piés y la obligó á que viniera á pasar la noche al lado de Childe-Waters.

« Ruégos, buen Childe-Waters, que me dejes acostar á vuestros piés, pues en esta casa no hay sitio donde yo pueda intentar dormir. »

Concedida esta petición, la hermosa Elena se acostó á los piés de la cama: la noche pasó presurosa; cuando empezaba á rayar el día, Childe-Waters dijo: « Arriba pajecillo: vete á dar de comer heno y trigo á mi caballo; dale ahora buena avena negra á fin de que tenga mas bríos para llevarme. »

Levantóse en seguida la hermosa Elena y dió heno y trigo al caballo, dióle tambien buena avena negra á fin de que tuviera mas bríos para llevar á Childe-Waters.

Apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y gimió dolorosamente: apoyó su espalda contra el borde del pesebre, y en esa actitud principió á lamentarse.

Su lamento llegó al oído de la querida madre de Childe-Waters. La madre oyó aquel doloroso gemido, y dijo: « Levántate Childe-Waters! baja á la caballeriza. »

« En la caballeriza hay un espectro que gime penosamente, ó bien una mujer que está de parto: ahora principia á sentir los dolores. »

Childe-Waters se levantó prontamente: púsose su camisa de seda, y cubrió con los demás vestidos su cuerpo mas blanco que la leche.

Al llegar á la puerta de la caballeriza se detuvo para oír cómo se lamentaba su hermosa Elena.

La jóven decía: « Hijo mio querido, Lullabye, hijo mio querido, ¡ Ojalá que tu padre fuese rey, y tu madre estuviera encerrada en el féretro! »

« Animo, ánimo mi buena y querida Elena! dijo Childe-Waters, ¡ Animo! El día que te restablezcas del parto, será el día de nuestras bodas. »

En toda esa balada se revela un carácter salvaje. Childe-Waters es un hombre atroz: complácese en hacer pasar á su querida por los mas abominables tormentos del cuerpo y del alma. La triste jóven fascinada, se somete á ellos con la resignacion de un amor que cuenta por nada los sacrificios. Hace una larga jornada á pié; atraviesa un rio á nado; sufre toda clase de humillaciones en el palacio de las veinticuatro mujeres, y oye de la misma boca de su insultador amante la preferencia que concede á la mas hermosa de aquellas.

Va por orden suya á buscarle una cortesana, y tiene que traérsela en brazos para que no se manche los piés, cuando los suyos se han desgarrado á fuerza de correr y atravesar barrizales. Durante toda esa dolo-

rosa pasion, la triste jóven no exhala una queja, ni siquiera un suspiro: al dar á luz su hijo en medio de tanto dolor y tanto abandono, todavia tiene palabras amorosas con que halagarlo; todavia tiene abnegacion para desear un trono para el padre y un féretro para ella! El hombre feroz se siente al fin conmovido y se confiesa padre de la inocente criatura. Al restablecerse la madre se podrá llamar esposa. ¿ Llegará á restablecerse? »

¿ No habrá algunos puntos de semejanza entre Childe-Waters y Childe-Harold? ¿ No habrá lord Byron modelado el carácter de su personaje con arreglo al tipo del héroe de la balada, asi como dió á su lira la entonacion de la de los poetas del siglo XV? »

Tambien seria posible que la primera idea de esta balada hubiese sido sugerida por la novela décima, jornada décima del Decameron. En ese caso Griselda puesta á prueba por Gualtieri seria Elena, y hasta el nombre de Waters no seria mas que una forma del de Gautier. En las dos novelas no habria mas diferencia que la naturaleza humana á lo inglés y la naturaleza humana á lo italiano.

Antes de abandonar la edad media, haré mencion de una circunstancia que creo no habrá pasado desapercibida: no he hablado de los autores que escribieron en latin durante los siete ú ocho siglos que acabamos de recorrer. No entraba el hablar de ellos en el plan que me habia propuesto, por la razon de que la literatura latina de la edad media ni aun la de la época anterior, no pertenecen legalmente á un país determinado, sino á toda la Europa. Por eso no he dicho nada de Gildas en el siglo VI, ni de Nennuis, ni del abad de Banchor, ni de Aldhem en el VII, ni de Beda, Alcuino, ni Bonifacio arzobispo de Mayenza é inglés, ni de Villebald, ni de Eddio, fraile de Cantorbery; de Dungal ni de Clement en el VIII. Nada he dicho tampoco de Juan Scot Erigenes ni de Asser, á quien se debe la vida de su protector Alfredo el Grande, ni de S. Dustan, ni Elfric el gramático en el siglo X, ni de Ingulfo en el XI. En los siglos XII y XIII he pasado asimismo en silencio los nombres de Lanfranc, Anselmo, Roberto Withe, Guillermo de Malsbury, Hutington, Juan de Salisbury, Pedro de Blois y Geraldo Barry en los siglos XI y XIII, Roger Bacon, Miguel Scot, Guillermo Ockan, Mateo Paris, Tomás Wykes, Hemmingfort y Avesbury en el XIII y siguientes. Diré de una vez, que esos escritores estan llenos de las cosas mas interesantes para el estudio de la historia, de las costumbres, de las ciencias y las artes, y que seria de desear que tuviéramos traducciones de sus principales obras.

Aquí concluye la primera parte de este Ensayo. La literatura inglesa, oral por decirlo asi en sus cuatro primeras épocas, esto es, mas bien hablada que escrita, ha sido transmitida á la posteridad mediante una estenografía, y tiene las ventajas y los defectos de la improvisacion. La poesia es sencilla, pero incorrecta, y la historia interesante, pero limitada al círculo individual. Vamos ahora á considerar cómo la alta poesia sofoca á la poesia íntima, y cómo la gran historia absorbe la pequeña. Esta revolucion literaria se va á consumir por el impulso gradual de la civilizacion en el momento en que una revolucion religiosa rompe la unidad católica y la fraternidad europea.

SEGUNDA PARTE.

QUINTA Y ULTIMA EPOCA DEL IDIOMA INGLÉS.

LITERATURA EN TIEMPO DE LA DINASTÍA TUDOR.

HASTA el presente, la poesia inglesa se nos ha presentado como católica: las Musas habitaban en el Vaticano y cantaban bajo la cúpula medio construida de la basílica de San Pedro que Miguel Angel les estaba edificando: ahora las vamos á ver apostatar y hacerse protestantes. Su cambio de religion no se verificó sin embargo de un modo bien marcado, porque la reforma tuvo lugar antes que el idioma acabara de despojarse de la barbarie: todos los escritores de primer orden florecieron despues del reinado de Enrique VIII. Asi lo demostraremos al ocuparnos de Shakespeare, Pope y Dryden.

De todas maneras un grande suceso domina en la época en que vamos á entrar: por lo cual, asi como he pintado al lector la edad media antes de hablarle de los autores que figuraron en aquellos siglos, me parece tambien conveniente presentar el resultado de algunas investigaciones acerca de la reforma, antes de principiar la narracion de lo relativo á la segunda parte de este Ensayo. ¿ Cómo se preparó aquel suceso? ¿ Cuáles han sido sus consecuencias para el espíritu humano, para las letras, las artes y los gobiernos? Tales cuestiones merecen fijar por un momento nuestra atencion.

HEREJÍAS Y CISMAS QUE PRECEDIERON AL CISMA DE LUTERO.

La unidad de la Iglesia se vió incesantemente atacada desde que ondeó el estandarte de la cruz en los muros de Jerusalem. Las filosofías de los hebreos, de los persas, de los indios y de los egipcios, se habian concentrado en el Asia bajo la dominacion de Roma, y de aquel foco inflamado por la chispa evangélica, brotaron una multitud de opiniones, tan diversas, como desemejantes eran las costumbres de los heresiarcas. Podríase redactar un catálogo de sistemas filosóficos, y poner al lado de cada sistema la herejía que le corresponde. Asi lo conoció Tertuliano: las herejías fueron al cristianismo lo que los sistemas filosóficos habian sido al paganismo, con la diferencia de que estos eran las verdades del culto idolátrico, y aquellas son los errores de la religion cristiana.

San Agustin contaba en su tiempo ochenta y ocho herejías, principiando por los simoníacos y acabando en los pelagianos.

A todo hacia frente la Iglesia: su lucha perpétua da la razon de aquellos concilios, de aquellos sínodos y de aquellas asambleas de todas clases y denominaciones que se echan de ver desde el nacimiento del cristianismo. Portentosa es la infatigable actividad de la comunidad cristiana: mientras que por una parte se defendia de los edictos de los emperadores y de los suplicios, por otra tenia que batallar contra algunos de sus propios hijos y enemigos domésticos. Cierto es que en semejante lucha no se trataba de nada menos que de la integridad de la fe: pues si las herejías no hubiesen sido continuamente extirpadas del seno de la Iglesia por medio de los cánones, si no hubiesen sido denunciadas y anatematizadas por medio de es-

critos, los pueblos habrian llegado á no saber á qué religion pertenecian. En medio de sectas que se hubieran propagado sin obstáculos, ramificándose hasta lo infinito, el principio del cristianismo, se habria agotado entre sus numerosas derivaciones como se agota el rio por la multitud de desagües.

La edad media propiamente dicha, no desconoció el cisma. Muchos innovadores en Italia, Wiclef en Inglaterra, Gerónimo de Praga y Juan Huss en Alemania, fueron los que precedieron á los reformadores del siglo XVI. En el fondo de las doctrinas que dieron lugar á las horribles cruzadas contra los desgraciados albigenses, fermentaban una multitud de herejías. Hasta en las mismas escuelas de teología existia un espíritu de curiosidad hostil á los dogmas de la Iglesia; las cuestiones eran simultáneamente obscenas ó pueriles, ó impías. Valfredo en el siglo X, declamó contra la resurreccion del cuerpo. Beranger explicó á su modo la Eucaristía. Los errores de Roscelio, Abelardo, Gilberto, La Porée, Pedro Lombardo y Pedro de Poitiers, fueron célebres: preguntábase si Jesucristo como hombre era alguna cosa; los que estaban por la negativa se llamaron *Nihilianistas*. No se leía ya la Escritura Sagrada, ni se sacaban argumentos en favor de la verdad cristiana mas que de la doctrina de Aristóteles. Todo lo dominaba la escolástica, y Guillermo de Auxerre fue el primero que aplicó los términos *materia* y *forma* á la doctrina de los sacramentos. Heloisa queria saber de Abelardo por qué razon los cuadrúpedos y las aves fueron los únicos animales presentados á Adán para recibir denominacion. ¿ Jesucristo entre su muerte y resurreccion fue lo que habia sido antes de su muerte y despues de su resurreccion? ¿ Su cuerpo que se tomaba de alimento en la Eucaristía, estaba desnudo ó vestido? Tales eran las cuestiones de que los espíritus mas ortodoxos se ocupaban: el mismo Lutero no manifestó tanta audacia en sus investigaciones.

ATAQUES CONTRA EL CLERO.

A las herejías contra la Iglesia se han unido en todo tiempo, como ya he tenido ocasion de decirlo en otra parte, las sátiras contra el clero, mezcladas con lo que en realidad habia de reprehensible en sus individuos. Lutero en este particular no igualó á sus antecesores. El rebaño se habia infeccionado juntamente con los que lo conducian. Si se quiere penetrar á fondo el interior de la sociedad de aquel tiempo, es preciso leer los concilios y las *Cartas de abolicion* (cartas de gracia concedidas por los reyes); allí se ven al desnudo las úlceras de aquella sociedad: los concilios reproducen sin cesar quejas contra el desenfreno de costumbres; y las *Cartas de abolicion* presentan los detalles de las sentencias y de los crímenes que las motivaron. Los capitulares de Carlo-Magno y de sus sucesores, estan llenos de disposiciones por lo tocante á la reforma del clero.

Sabida es la espantosa historia del P. Anastasio, encerrado en vida con un cadáver por venganza del obispo Caulin (V. GREGORIO DE TOURS). En los cánones añadidos al concilio de Tours durante el episcopado

de San Perpert, se lee: «Se nos ha referido ¡cosa horrible! (*quod nefas*), que se han establecido posadas en algunas iglesias: de manera, que en donde no deben oírse mas que oraciones y alabanzas á Dios, resuenan el rumor de los festines, palabras obscenas, disputas y blasfemias.»

Bononio, tan favorable á la Corte de Roma, da al siglo X la denominación de siglo de hierro, en vista de los desórdenes de la Iglesia. El sabio é ilustre Gherbert, antes de ser papa con el nombre de Silvestre II y no siendo aun mas que arzobispo de Reims, decía: «Deplorable Roma, tú diste á nuestros antepasados las luces mas brillantes; pero ya no tienes mas que horribles tinieblas... «Hemos visto á Juan Octavio conspirar en medio de mil prostitutas contra el mismo Oton á quien habia proclamado emperador. Fue derribado y le sucedió Leon el neófito. Oton huyó de Roma, y Octavio entró en ella: expulsa á Leon, corta los dedos, las manos y la nariz al diácono Juan, y despues de haber quitado la vida á muchos personajes esclarecidos, no tarda él en sufrir la misma suerte.... ¿Será posible que aun haya quien se atreva á sostener que tan grande cantidad de ministros de Dios, dignos por su vida y por sus méritos de ilustrar el Universo, tenga que vivir sometida á tales monstruos privados de todo conocimiento de las ciencias divinas y humanas?»

No se mostró mas indulgente San Bernardo con los vicios de su siglo: San Luis tuvo que cerrar los ojos por no ver las prostituciones y desórdenes que dominaban en su ejército. En tiempo de Felipe el Hermoso se convocó un concilio nada mas que para oponerse á la relajación de las costumbres. En 1351 los preladados y las órdenes mendicantes expusieron sus agravios ante el papa Clemente VII en Aviñon. El pontífice favorable á los frailes, apostrofó de este modo á los preladados: «¿Hablares de humildad, vosotros, tan vanos en vuestras cabalgaduras y equipajes? ¿Hablares de pobreza, vosotros tan ávidos que no os contentais con todos los beneficios del mundo? ¿Qué diré de vuestra castidad?... ¿Aborreceis á los mendicantes y les cerrais las puertas de vuestras casas abiertas á infames y á sicofantas?» (*Lenonibus et truffatoribus.*)

La simonía era general; los sacerdotes violaban casi por todas partes la regla del celibato, viviendo con mujeres perdidas, con mancebas y camareras: un ebate de Noreis tenia diez y ocho hijos; en Vizcaya, para que las mujeres de los vecinos no fueran incomodadas, se consentia que los curas tuviesen baraganas.

El Petrarca escribia á uno de sus amigos: «Aviñon se ha convertido en un infierno, es la sentina de todas las abominaciones. Las casas, los palacios, las iglesias, las cátedras del pontífice y los cardenales, el aire, la tierra, todo está impregnado de mentira: se habla del mundo futuro, del juicio final, de las penas del infierno, y de los gozes del paraíso, como de fábulas absurdas y pueriles.» En apoyo de sus asertos, el Petrarca cita escenas escandalosas acerca de la relajación de eminentes personajes.

En un sermón pronunciado ante el papa (A. 1364), Nicolás Orem demostró, que el Antecristo no tardaría en aparecer, y fundó esta opinión en seis razones deducidas de la relajación de la doctrina, del orgullo de los preladados, de la tiranía de los primados de la Iglesia, y de su aversión á la verdad.

Estas recriminaciones, que venian perpetuándose de siglo en siglo, fueron reproducidas por Erasmo y por Rabelais. A nadie le eran desconocidos aquellos vicios que un poder sin freno y la grosería de la edad media habian introducido en la Iglesia. Los reyes habian dejado ya de someterse al yugo de los papas; el largo cisma del siglo XIV habia sido causa de que todo el mundo fijase la vista en el desorden y ambición del gobierno pontificio: los magistrados manda-

ban rasgar y quemar las bulas, y hasta los concilios se ocupaban de remediar los abusos.

Así fue, que al presentarse Lutero todos los ánimos propendian á la reforma, y por lo tanto llegó á tiempo de coger un fruto maduro y próximo á caer de la rama. Pero veamos quién era Lutero: ese personaje nos conducirá naturalmente á contemplar á Euri-que VIII con quien está históricamente enlazado, tanto por sus innovaciones religiosas como por las disputas que con él sostuvo en concepto de fundador de la Iglesia Anglicana.

LUTERO.

Martin Lutero, el fundador de una religion de príncipes y de ricos, era hijo de un aldeano. El mismo refiere en pocas palabras su historia con esa humildad desvergonzada que proviene del buen resultado de toda una vida (1).

«He hablado frecuentemente con Melancton, y le he referido mi vida de cabo á cabo. Soy hijo de un aldeano, mi padre y mi abuelo eran verdaderos aldeanos. Mi padre fué á Mansfeld y se hizo minero. Yo nací. Que yo en lo sucesivo llegara á ser bachiller, doctor, etc., es seguro que no estaba escrito en las estrellas. ¿No llené de admiración á la gente metiéndome fraile y luego dejando el sombrero gris por otro? Este suceso afligió mucho á mi padre y le hizo daño. En seguida me agarré á brazo partido con el papa: me casé con una monja que se habia fugado del convento, y tuve dos hijos. ¿Quién habria leido esto en los astros? ¿Quién me habria dicho con anticipación lo que habia de suceder?»

Lutero nació en Eisleben el 10 de noviembre del 1483, y frecuentó desde la edad de seis años la escuela de Eisenach cantando de puerta en puerta para procurarse el sustento: «Yo tambien, dice el mismo Lutero, he sido un pobre mendigo y he recibido pan en la puerta de las casas.» Una caritativa señora, Ursula Schweickard, se compadeció de él y lo hizo educar. En 1501 entró en la universidad de Erfurth: niño pobre y oscuro, inauguró esa nueva era que principió en él; era que tantos cambios y calamidades debian fijar de un modo indestructible en la memoria de los hombres.

Lutero se dedicó por de pronto al estudio de las leyes; mas habiéndole disgustado, lo dejó por cursar teología y aprender música y literatura; habiendo visto morir herido de un rayo á uno de sus compañeros, hizo voto á Santa Ana de meterse fraile: en 17 de julio del 1505 entró de noche en el convento de agustinos de Erfurth y se encerró en el claustro con Plauto y un Virgilio para cambiar la faz del mundo cristiano.

De allí á dos años se ordenó de sacerdote. «Al celebrar por primera vez misa, dice Lutero, yo estaba como muerto, pues no tenia fe; luego vinieron los disgustos, las tentaciones y las dudas.» Con objeto de corroborar sus creencias, Lutero pasó á Roma.

Allí encontró á la incredulidad sentada sobre la tumba de San Pedro, y al paganismo resucitado en el Vaticano. Julio II no soñaba mas que en combates, y los cardenales, expresándose ciceronianamente, se habian transformado en poetas, en diplomáticos y en guerreros. La dignidad papal, á punto de hacerse gibelina, habia abdicado, casi sin echarlo de ver, la autoridad espiritual: el papa, haciéndose príncipe á la manera de los otros príncipes, habia dejado de ser el representante de la república cristiana, renunciando á ese terrible tribunal de los pueblos de que anteriormente se hallaba investido por elección popular. Lu-

(1) La mayor parte de lo que se va á decir acerca de Lutero, está tomado de sus *Memorias*, publicadas recientemente por M. Michelet.

tero no vió nada de eso; no consideró la cuestión sino bajo el punto de vista mas mezquino, y regresó á Alemania, afectado únicamente del escándalo, del ateísmo y de las costumbres de la Corte de Roma.

A Julio II sucedió Leon X, rival de Lutero: el siglo quedó repartido entre el papa y el fraile: Leon X le impuso su nombre; Lutero su poder.

Tratábase de que terminaran las obras de la basílica de San Pedro; pero no habia dinero. Sin tener la fe que en la edad media habia brotar tesoros, se acordaron en Roma de los tiempos en que la cristiandad contribuía con sus limosnas á la construcción de las catedrales y monasterios. Leon X hizo vender en Alemania, por los dominicos, las indulgencias que antes eran vendidas por los agustinos. Lutero, que era ya provincial de estos últimos, clamó contra el abuso de estas indulgencias. Se dirigió al obispo de Brandeburgo y al arzobispo de Mayenza; obteniendo solo una respuesta evasiva del primero, y ninguna del segundo. Entonces presentó públicamente las proposiciones que estaba pronto á sostener contra las indulgencias. La Alemania se conmovió; Tetzl quemó las proposiciones de Lutero; los estudiantes de Wittemberg quemaron las de Tetzl. Admirado de su propia obra, Lutero habria gustosamente retrocedido.

Leon X oyó á lo lejos el ruido que resonaba al otro lado de los Alpes, un rumor suscitado entre los bárbaros: «rivalidades de frailes,» solia decir. Los atenienses se burlaban de los bárbaros de la Macedonia. La afición del príncipe de la Iglesia á las bellas letras, le arrebató á consideraciones mas altas: en su concepto el hermano Lutero era un bellísimo ingenio. «*Fra Martino haveva un bellissimo ingenio* (1). «Sin embargo, para complacer á sus teólogos, el pontífice le mandó comparecer en Roma.

Lutero, contando con el apoyo del elector de Sajonia, eludió esa orden, y habiendo sido citado para Augsburgo, compareció con un salvo-conducto del emperador, y disputó con el legado Cayetano de Vio. Sin llegar á entenderse, como generalmente sucede en esos combates de palabras. Lutero, apeló al papa mejor informado, y confesó que con algo menos de altanería por parte del prelado, se habria sometido, porque en aquel tiempo aun no veia con claridad todos los errores del pontífice.

Leon X solicitó del elector de Sajonia que le entregase Lutero, Federico se resistió, y Lutero, tranquilo sobre este particular, escribió al papa diciéndole: «Pongo por testigo á Dios y á los hombres, de que nunca he querido, ni quiero en la actualidad causar el mas leve perjuicio á la Iglesia Romana, ni á vuestra santa autoridad. Reconozco plenamente que esta Iglesia está sobre todas las cosas, y que nada se la puede anteponer de cuanto hay en el cielo y la tierra, no siendo N. S. Jesucristo.»

Lutero era sincero por mas que las apariencias estuvieran contra él, pues al mismo tiempo que se explicaba así con el papa, decía á Spalatino: «No sé si el papa es el Antecristo ó el apóstol del Antecristo.» No tardó sin embargo en publicar su libro de la *Cautividad de Babilonia*. Declaró, que la Iglesia se hallaba cautiva, Cristo profanado en la idolatría de la misa, desconocido en el dogma de la transubstanciación, y prisionero del papa.

Intentando probar que aun no atacaba á este ni á su dignidad, dijo, en una segunda carta que escribió á Leon X: «Preciso es sin embargo, muy honorable padre, que una vez me acuerde de tí. Tu reputación tan celebrada entre los literatos, y tu vida irreprochable te escudarian de todo ataque. No soy un imbecil que pretenda luchar contigo cuando apenas hay quien no te alabe. Si te he llamado un Daniel en Babilonia, tambien he protestado de tu

(1) V. BANDOLLE.

«inocencia... Si, querido Leon, tú me haces el efecto de Daniel en el foso y de Ezequiel entre los escorpiones. ¿Qué puedes tú solo hacer contra esos monstruos? Supongamos aun que puedes valerte de tres ó cuatro cardenales sabios y virtuosos. Envendados morirais infaliblemente, si os atrevierais á remediar tantos males... La Corte de Roma ha llegado á su término.»

Hace mas de tres siglos que se le escapó esta predicción á Lutero, y sin embargo la Corte de Roma subsiste.

Las cartas del fraile llegaban á manos de Leon X, ocupado con Miguel Angel en acabar de construir la basílica de San Pedro, y escribiendo á Rafael: Vos sereis el honor de mi pontificado. Leon X, dice Palavicini, con *maggior cura chiamó coloro á cui fosser note le favole della Grecia e le delizie de' Poeti, che l'istorie della chiesa, et la dottrina de' Padri.*

Los graznidos germánicos de Lutero impacientaban al Médicis en medio de las artes y bajo el hermoso cielo de Italia. A fin de sofocar aquellos importunos rumores, y no pudiendo persuadirse que se trataba de un cisma, redactó la bula de condenación.

La bula llegó á Alemania y el pueblo se sublevó: en Erfurth la arrojaron al río y en Wittemberg á las llamas, que con razon pudieran considerarse como las primeras del incendio que desde Europa iba á propagarse á las demás partes de la tierra.

En esta ocasion pudo admirarse la lucha que Lutero traía consigo mismo, pues como ya se ha dicho, Lutero era un hombre de convicciones. Esta lucha está muy bien pintada por Mr. Michelet, salva la traducción, en la cual necesaria é inevitablemente tiene que dar á la literatura y á las ideas la expresión de la literatura y de las ideas de nuestro siglo.

Al principio de su *Tratado de Servo arbitrio*, Lutero dice á Erasmo:

«Sin duda te verás algo intimidado en presencia de una tan numerosa serie de eruditos y ante la aprobación de tantos siglos, en que brillaron hombres tan profundos en las sagradas letras, y en que aparecieron tan ilustres mártires, glorificados por numerosos milagros. Añade á ese número el de tantos teólogos modernos, tantas academias, tantos concilios, tantos preladados y tantos pontífices. En ese campo militan la erudición, el talento, el número, la grandeza, la elevación, la fuerza, la santidad y los milagros: todo milita en ese campo. ¿Y en el mío? solo Wiclef, Lorenzo Valla, (y tambien San Agustín por mas que lo olvidas), y luego Lutero, un pobre hombre, un hombre de ayer, con algunos amigos que no tienen tanta erudición, ni tanto talento, ni pueden contar con el número, ni con la grandeza, ni con la santidad, ni con los milagros: todos reunidos no podriamos curar á un caballo cojo....»

En ese *tratado de Servo arbitrio*, Lutero se declara por la gracia contra el libre albedrío; aquel hombre que propagó, sino fundó el *libre examen*, imponía cadenas á la voluntad; tan naturalmente incurren los hombres en contradicción! Por otra parte ninguna relación directa hay entre la fatalidad providencial y el despotismo social; son dos órdenes de hechos distintos: el uno pertenece al dominio de la filosofía y la teoría; el otro entra en el círculo de la política y de la práctica.

La Alemania es el país de la probidad, del ingenio y de los sueños: cuanto menos inteligibles son las abstracciones de los espíritus nebulosos, mas entusiasmo excitan entre los visionarios que creen entenderlas. De las opiniones de San Agustín resucitadas por Lutero, hicieron los compatriotas de este su regla de fe. Lutero se dirigió particularmente á los nobles, y dedicó su defensa de los artículos condenados al señor Fabian de Feilitzsch, diciendo: «Recomiéndame»

deme este escrito á tí, y á toda tu nobleza.» Publicó su folleto: *A la nobleza cristiana de Alemania acerca del mejoramiento del cristianismo*. Los principales nobles, amigos de Lutero, eran Silvestre de Schauenberg, Franz de Sickingen, Taubenheim y Ulrico de Flutten. El margrave de Brandeburgo solicitó el favor de ver al nuevo apóstol. De esto se echa de ver cómo en Francia y en Inglaterra los reformistas fueron reyes, príncipes y nobles: en Francia la hermana de Francisco I, Juana de Albret, Enrique IV, los Chatillon, les Bouillon y los Rohan, y en Inglaterra Enrique VIII, sus cortesanos y sus obispos.

Cuando en mis *Estudios históricos* establecí ese precedente, tuve la desgracia de herir á despecho mio algunas susceptibilidades: convengo que en nuestros tiempos de democracia no será agradable á los que se llaman fundadores de la libertad popular, el aparecer como aristócratas por su origen directo de una raza de príncipes y de nobles; pero ¿qué remedio? Esa es la verdad, y sería fácil apoyarla en una multitud de hechos irrecusables.

La Dieta de Worms fue el triunfo de Lutero: allí compareció ante el emperador Carlos V, seis electores, un archiduque, dos landgraves, veinte y siete duques, y un gran número de condes, arzobispos y obispos. Atravesó la ciudad en un carruaje escoltado de cien nobles armados de punta en blanco y cantando un himno, que era la *Marsellesa* de aquel tiempo.

«Nuestro Dios es una fortaleza
una espada y la coraza.»

El pueblo ocupaba los tejados para ver pasar á Martin. Tan firme como moderado, nada quiso el doctor retractar de cuanto había dicho relativo á las doctrinas; pero ofreció desdecirse de todo lo que pudiera habérselo escapado de inconveniente respecto de las personas. Así es como, según de un modo muy significativo ha dicho Mr. Mignet, Lutero dió un *no* al papa y un *no* al emperador. Esto prueba convencimiento y valor, pero valor que es muy fácil tener al verse bien defendido, rodeado de mucho esplendor, y sobre todo cuando uno se siente estimulado por la ambición de ser jefe de secta, ó por la esperanza de obtener gran celebridad. Por lo demás hay tambien que tener presente que todos los sectarios han dicho *no*. La herejía de Arrio duró mas de tres siglos en su vigor, y todavía subsiste: dividió el mundo civilizado, y dominó en todo el mundo bárbaro, exceptuando los francos de Clodoveo, Alarico y Genserico, que saquearon á Roma católica, eran arrianos. Arrio había dicho *no* mucho antes que Lutero, cuyas doctrinas no han alcanzado aun la duración de las del sacerdote de Alejandria.

Lutero tenía quien le animara hasta en el mismo seno de aquella Dieta, pues no faltaban nobles y condes que lo iban á visitar. «El papa, dice Lutero, había escrito al emperador que no respetara el salvoconducto. Los obispos le aconsejaban lo mismo; pero los príncipes y los Estados no lo quisieron consentir; todo esto causó gran ruido, del cual me aproveché para sacar la consecuencia de que *debían temerme mas que lo que yo les temía á ellos*. Efectivamente, el landgrave de Hesse, que todavía era un jóven, vino á visitarme y por último me dijo: ¡Querido doctor, si teneis razon, Dios os proteja!»

De todas maneras, la aparición de Lutero en la Dieta, revelaba alguna fuerza de alma, particularmente existiendo el ejemplo de Juan Huss, que á pesar del pasaporte de un emperador había sido quemado en vida. Cuando Cristo compareció ante Pilatos, se hallaba solo y abandonado hasta de sus doce discípulos: todas las potestades de la tierra se elevaron contra él, y no tuvieron ningun respeto al salvoconducto que tenía del cielo. La Dieta publicó el bando imperial que condenaba á Lutero y á sus proséli-

tos. Voltaire opina que Carlos V anduvo vacilando entre el fraile de Erfurth y Roma. El salvo-conducto fue respetado hasta en la publicacion del bando. Aquel Carlos V, que concedió una audiencia solemne á Lutero, se había negado á oír á Hernan Cortés.

El reformador se retiró y el elector de Sajonia, para sustraerlo de todo peligro, y de acuerdo tal vez con el mismo Martin, lo hizo arrebatrar y encerrar en el castillo de Warthourg. Desde lo alto de esa fortaleza Lutero lanzó una multitud de escritos, imitando á Atanasio que combatía por la fe desde el fondo de las cavernas de Egipto. Combatíanlo las tentaciones: *su carne no domada le abrasaba con fuego devorador*. En su Patmos (así llamaba este novel San Juan á la fortaleza de Warthourg), creía oír durante la noche un ruido semejante al que produciría un saco de ave-llanas agitado, y grandes rumores en una escalera cerrada por medio de cadenas y una puerta de hierro: sin duda era la apostasia que fermentaba en su seno. Lutero, exacerbado hasta por aquel benéfico cautiverio, no hablaba mas que de *quebrantar cedros, y humillar la obstinacion y soberbia de los Faraones*.

Con aspereza escribía al arzobispo de Mayenza fechando la carta del modo siguiente: «Dada en mi desierto, el domingo despues de Santa Catalina, 25 de noviembre del 1521.» El cardenal arzobispo de Mayenza contestaba humilde ó arrogantemente diciéndo:

«Querido doctor, he recibido vuestra carta... sufro gustoso una reprension fraternal y cristiana.»

Al predicar Lutero su nuevo evangelio decia: «Creo que me matarán; pero aun no ha llegado mi hora: preciso es que antes acabe de enfurecer á esa raza de víboras.»

Por de pronto anduvo vacilando acerca de pronunciarse contra los votos monásticos; mas luego corroborándose en sus propias ideas, manifestó haber formado «una vigorosa conspiracion á fin de destruir las y anonadarlas.»

No daba su aprobacion á los teólogos demagogos que seguian sus huellas y rompian las imágenes. «Si deseas poner á prueba sus inspiraciones, decia á Melancton, preguntales si han sentido esas angustias espirituales, y esos renacimientos divinos, esas muertes y esos infiernos.»

Había ya principiado á publicar su traduccion de la Biblia, cuando la autoridad civil y los prelados la prohibieron, causándole grande irritacion como sectario y como autor: la ira le hizo prever el porvenir. «El pueblo se agita por todas partes, exclamó, y tiéne los ojos abiertos: no quiere ya, no puede ya dejarse oprimir. El Señor es quien dispone todas esas cosas, y no deja ver á los reyes esos síntomas amenazadores; el Señor es quien consumará todo por medio de la ceguedad y violencia de aquellos: me parece que veo nadar en sangre la Alemania.»

«Acaben de comprender que la espada de la guerra civil está suspendida sobre sus cabezas.»

¿Quién la suspendía sino el mismo Lutero?

Enrique VIII, que durante ese año de 1522 todavía era ortodoxo, hizo publicar un libro de que me ocuparé en otra parte, y que había mandado revisar tal vez por su confesor y por sus ministros teólogos. El fraile reformador se indigna altamente contra el rey reformador, exclamando:

«¿Quién es pues, ese Enrique, ese nuevo tomista, ese discípulo del monstruo, para que yo respete sus blasfemias y su violencia? ¡Defensor de su Iglesia! ¡Sí, de su Iglesia, que tan alto quiere elevar; de esa prostituta que vive entre púrpura, ébria de disoluciones; de esa madre de fornicaciones. Yo no reconozco mas jefe que Cristo: descargaré un mismo golpe sobre esa Iglesia y sobre su defensor que no son mas que una misma cosa, y los aterraré.» Enrique VIII, no pudiendo quemar á Lutero, replicó:

sus hogueras eran mas temibles que sus escritos.

La reforma se propagaba con el auxilio de la imprenta, cuyo descubrimiento parecia haber sido hecho á propósito para la propagacion de las nuevas doctrinas; la Iglesia Luterana se iba estableciendo; nadie ignora lo que tomó ó deshechó por lo tocante á los dogmas de la Iglesia Romana. Pero el cisma iba tambien introduciéndose por todas partes en la obra de la reforma: Calvino aparecía en Ginebra; Lutero reñía con Carlostadt y escribía contra él irritantes folletos. Los aldeanos se sublevaron contra sus señores, y se echaron sobre los bienes de los príncipes eclesiásticos; de aquí nacieron las turbulencias de Suavia, de Francfort, del pais de Bade, de la Alsacia, del Palatinado, de la Baviera y de Hesse. En vano Lutero hizo cuanto pudo por desarmar á la multitud; en vano, dijo en alta voz, que la revolucion jamás ha conseguido buen resultado, y que á hierro ha de morir quien con hierro mata: la espada estaba ya desnuda y no debía volver á envainarse hasta despues de pasados cerca de dos siglos de sangrientos sacrificios.

En la contestacion de Lutero á los doce artículos de los aldeanos de Suavia, hay cosas justas y razonables, al paso que tambien dice á los señores verdades que podían parecerles atrevidas; pero no pudiendo desistir del carácter de su reforma, enemiga del pueblo, ostenta una implacable dureza contra los aldeanos, sin conceder ni una sola lágrima á sus miserias.

«Creo, dice Lutero, que todos los aldeanos deben perecer antes que los príncipes y magistrados, por la razon de que empuñan la espada sin la autoridad divina.... Ninguna misericordia, ninguna tolerancia se les debe, antes por el contrario la indignacion de Dios y de los hombres.»

«Los aldeanos estan pregonados por la justicia de Dios y el emperador. Se les puede tratar como perros rabiosos.»

Y sin embargo, esos *perros rabiosos* se habían desencadenado por la palabra del reformador. Para aquellos hombres *pregonados por la justicia de Dios*, no se manifiesta en el emancipador del espíritu humano ninguna simpatía de las libertades populares.

No tardó en indisponerse con todos los sectarios producidos por la reforma, ni perdonó nunca á Erasmo su *libero arbitrio*.

«Asi que pueda verme restablecido de mi enfermedad, quiero con la ayuda de Dios, escribir contra él y matarlo. Hemos tolerado que se burlara de nosotros y se nos subiera á las barbas, mas ahora que pretende hacer lo mismo con Cristo, queremos oponerle resistencia... Es verdad que aplastar á Erasmo es lo mismo que aplastar á una chinche; pero mi Cristo de quien él se burla, me importa mucho mas que el peligro de Erasmo.»

«Si vivo, quiero, Dios mediante, librar á la Iglesia de esa inmundicia. El es quien ha sembrado y hecho nacer Croto, Egrano, Witzeln, Ecolampadio, Campano, y otros visionarios y epicúreos. Téngase bien entendido que desde ahora lo considero como eliminado de la Iglesia....»

«Si predica sus palabras, suenan en falso como golpes dados en un vaso roto. En algun tiempo atacó al papismo; mas ahora ya empieza á sacar la cabeza del saco.»

Hé aquí, dice discretamente Mr. Nisard, pequeñas cuestiones para los partidarios del fatalismo histórico, que engrandecen la reputacion de un personaje acumulándole hechos posteriores y consumados por causas imprevisas, y ajenas de su voluntad; pero esas cuestiones no son tan insignificantes si se consideran desde el punto en que nos hallamos. Efectivamente, ¿á quién pensais que en la actualidad se podrá atribuir el mayor de los hechos, á Lutero negando el li-

bre arbitrio, y reemplazando el dogma con el dogma, ó hablando con mas rudeza, la supersticion con la supersticion, ó á Erasmo reclamando para el hombre la libertad de conciencia?

Al ser Viena asediada por los turcos, Lutero hizo una noble invitacion á los alemanes, á fin de que acudieran en defensa de la patria. Luego vinieron las ligas de Usmalkalda y los anabaptistas de Munster. Estos predicaron contra el papa y contra Lutero, y hasta prefirieron el primero al reformador, contra quien lanzaron su maldicion, considerándolo amigo de la nobleza, asi como él en otro tiempo había maldecido á los aldeanos de Suavia.

CASAMIENTO.—VIDA PRIVADA DE LUTERO.

La conducta de Lutero era hija de sus opiniones y guardaba consecuencia con ellas. El reformador había abierto las puertas del claustro, y hecho salir al mundo una multitud de hombres y mujeres, de quienes en lo sucesivo no sabia qué hacer. Se casó, tanto para darles un buen ejemplo, como para librarse de sus propias tentaciones. Todo el que ha violado reglas, procura arrastrar en pos de sí á los débiles y cubrirse con la multitud. Por el consentimiento de muchos, se lisonjean los innovadores hacer creer en la justicia y en el derecho de una accion que tal vez no fue mas que resultado de una casualidad ó de una pasion impremeditada. Dos votos sagrados fueron infringidos á un mismo tiempo; Lutero se casó con una religiosa. Todo eso podrá ser si se quiere con arreglo á la naturaleza; pero no se pierda de vista que hay otra naturaleza mas elevada: difícil es, cualesquiera que por otra parte sean las virtudes de los esposos, que inspiren confianza ni respeto al hacer el juramento de union conyugal en el mismo altar en que pronunciaron los votos de castidad y retiro. Jamás el cristiano depositará en el corazon de un sacerdote el peso de su vida oculta, si este sacerdote tiene otra esposa que aquella mística Iglesia que guarda el secreto de las faltas, y consuela los dolores. Cristo, pontífice y víctima, murió célibe y salió del mundo al terminar su juventud.

La monja con quien Lutero se casó, se llamaba Catalina de Bora: la amó, vivió bien con ella, y trabajó con sus propias manos para mantenerla: aquel hombre que creó príncipes y despojó de sus riquezas al clero, vivió pobre y honrándose con su indigencia, como los primeros revolucionarios franceses. En su testamento se leen estas interesantes palabras.

«Declaro no tener nada de dinero contante, ni riqueza de ninguna especie. Nada tiene esto de particular si se reflexiona que no he tenido mas rentas que mi sueldo y algunos regalos.»

La vida privada y las opiniones particulares de Lutero, ofrecen detalles interesantes. Tiene muchos hermosos pensamientos acerca de la naturaleza, la Biblia, las escuelas, la educacion, la fe y la ley. Curioso es tambien lo que dijo acerca de la imprenta. Una idea individual le condujo á una verdad general y á una perspectiva del porvenir.

«La imprenta, en su concepto, es el don último y supremo, *summum et postremum donum*, mediante el cual Dios hace progresar las cosas del Evangelio. Es la postrera llama que brilla antes de la extincion del mundo. A Dios gracias, esa llama, ha llegado al fin.»

Preciso es oír á Lutero en la intimidad de los sentimientos domésticos.

«Ese niño (habla de su hijo), y todo lo que me pertenece es aborrecido de los partidarios, aborrecido de los diablos. Sin embargo, ninguna inquietud causan al querido niño todos esos enemigos: nada le importa de que tantos y tan poderosos señores le aborrezcan, y toma con sonrisa el alimento